



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 27 DE FEBRERO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

En mi corazón, tus sueños

EN LOS SUEÑOS SUYOS, DE USTED

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Oh, Dios, ¡cómo odiaba que la gente caminara sobre él, atropellándolo de entrada y salida! Por unos momentos, en el umbral de la puerta de cristal del centro comercial, se sentía con el poder del color púrpura sobre las pupilas humanas, hasta que se estrellaba contra su realidad y las botas de plástico de los compañeros de trabajo, que se seguían de frente ignorándolo, pasando de largo, sin realizar el alto obligatorio frente al termómetro para medirse la temperatura. “Ya me la tomé en la mañana”, le decían los pocos que se molestaban en darle una explicación. El resto continuaba con la mirada puesta en su propio camino, y no en la señal de Ramiro que les pedía sostener las palmas de las manos boca arriba para recibir un poco de gel antibacterial, y para que luego colocaran la frente a unos centímetros de distancia respecto a la cámara térmica y así determinar la ausencia de fiebre: una temperatura menor a los 37.5 grados centígrados.

Ramiro veía que los trabajadores no empleaban el equipo de protección personal correctamente, como antes: ahora andaban con los cubrebocas en la barbilla o sobre el cabello, como sombrero de Cantinflas, y eso, lo sabía él, podía poner en riesgo a las personas de alta vulnerabilidad: mayores de 60 años, mujeres embarazadas, discapacitados y aquellos con enfermedades crónicas. ¿Qué hubiera hecho si hubiera tenido que ocupar un puesto de mayor responsabilidad o liderazgo? Fracasar, con toda certeza, se repetía diariamente. Y así como a veces eso le entristecía, de pronto lo aliviaba pues se sentía librado de una vida más estresada. “Yo les digo, pero no me hacen caso”, tendría siempre como respuesta preparada por sí un día, el administrador le llamaba la atención por la falta de rigurosidad en el procedimiento de acceso.

Pero, ahora que su esposa se había embarazado: ¿No necesitaría, Ramiro un aumento de sueldo? ¿Un puesto de mayor envergadura? ¿Cómo iba a demostrar sus capacidades al supervisor de la empresa para que le diera un arma y lo empleara resguardando el traslado de valores de algún negocio al banco y del banco al cajero automático?

La verdad es que aquí ya no sé para dónde ir. Tengo un personaje que quiere algo en la vida: ascender de puesto, y enfrenta una barrera que se lo impide. No he hablado mucho de ella. Tal vez sea psicológica, o quizás un entrenamiento profesional deficiente: lo que no es su culpa. Dios sabrá. Lo importante, querido lector, es que ya me encuentro imitando un poco el estilo de algunos de los cuentos de mi Madre. Momento para continuar:

“Hora de descansar, Ramiro”, me dijo el supervisor cuando llegó a la puerta del centro comercial con mi refuerzo. Le agradecí a mi superior y le deseé buena suerte al nuevo elemento o miembro del equipo. Tomé mis cosas, cambié mi uniforme en los vestidores y me fui a la parada del microbús en Avenida Coyoacán, pensando o imaginando la manera o trata con que jugarle a la vida en esta situación. Me senté en la solitaria banca de las once de la noche, mirando al piso, cuando vi caminar una hormiguita que, frente a mi bota se detuvo, giró su cabecita arriba y me dijo: “¡Ánimo,



Ramiro tú puedes!”

Sobre el cielo noté un elefante rosa volando y, junto a mi banca, un hipopótamo recostado al que mi hormiguita y el resto de sus amiguitas se trepaban como enajenadas. Eran tantas -variadas en formas y colores-, que el hipopótamo comenzó a despertar. Abrió su ojo derecho y descubrió que estaba siendo invadido. Con la rapidez de los hipopótamos, se levantó y comenzó a sacudirse a las chicanas de encima, las cuales, pobres animalitos, salieron volando por todos lados, sin alas. ¡Ellas solo querían darle un masajito al hipopótamo en su piel gruesa y reseca! Así es que cuando noté que al hipopótamo le quedaba solo una hormiguita al cuello, me levanté de la banca y volví mi mirada al cielo. Desde arriba, el elefante rosa gritó: ¡Ahórcalo, hormiguita!

En ese momento, desperté de mi sueño. Mi mujer todavía estaba ahí, en el petate a mi costado, con su pansa enorme, como si se hubiera tragado al hipopótamo. “¡Ándale vieja, despiértate!”, le dijo Ramiro a su mujer, “¡Explicame qué significa esto que he soñado! Y ella, que era rebuena para la adivinación de las quimeras, le expuso lo que entendía.

Ramiro arribó a su trabajo treinta minutos antes de lo normal y pidió a la secretaria que lo dejara hablar con el administrador. Ella levantó el auricular y le informó al superior.

Y hasta ahí, querido lector, le dejo la tarea de decirme de qué habló Ramiro al supervisor... y si le dieron el ascenso o no, y cómo reaccionó nuestro personaje. Mientras tanto, el elefante y la hormiguita estarán al pendiente de lo sucedido... en los sueños suyos.

ALIOCHA REGRESA A CASA
OLGA DE LEÓN G.

- ¡Hijo!, hijo mío!, has regresado. La madre sonreía enseñando sus

dientes “molencos”, hasta el colmillo chueco y a punto de caérsele, el único que le quedaba. Contuvo las lágrimas, se lo había propuesto desde el mismo día en que Aliocha salió de casa, un domingo por la mañana, cuando ella aún tenía casi todos sus dientes, sabía que al hijo ni le enternecerían las lágrimas de una mujer ni le gustaba estar con quien con frecuencia lloraba: ¿se habrá ido por eso, por ella? Siempre tuvo ese pensamiento, clavado en medio de sus delgadas y escasas cejas.

El hombre aún joven, si bien más adulto que joven, corrió a los brazos de la madre escondiendo su rostro entre el hombro y cuello de ella. Era como si no quisiera hablar, solo que lo dejara estarse quieto allí; luego, haría lo mismo con su padre.

Sí, había regresado para pasar el Navidad y Fin de año con los viejos. Supo que su padre estaba enfermo, pero nunca imaginó qué tan serio y pesado era su sufrimiento... y el de su madre, quien, a pesar de la edad y los achaques propios, estaba entregada en cuerpo y alma, de día y de noche, a atender al compañero de vida y padre de sus hijos.

Aliocha se fue porque debía hacer su propia vida, seguir sus estudios, siempre persiguió mejores niveles de conocimiento, lo cual los padres le alentaban: “Es la ley de la vida, que los hijos superen a sus padres”, solían decirle uno y la otra, en distintos momentos y por separado.

Pero, en el fondo de su corazón y mente, aunque nunca antes se los confesó, él se fue porque: “no soportaba la toxicidad que vive en esta casa; todo el día cuando están juntos se la pasan gritándose, o discutiendo, o...” Y hoy, para su sorpresa, treinta años después, aquí siguen, juntos... ¡Increíble!, para el hijo que salió huyendo.

Un día, a la madre que lo extrañaba, pero respetó siempre su deseo de vivir lejos, mientras preparaba la comida, meneando el guiso dentro de la

cazuela, la asaltó una idea cruel para ella, hasta masoquista: “¿Habrá predestinado el carácter y vida de mi hijo bautizándolo con el nombre del menor de la familia Karamazov, en la novela de Dostoievski? Desde entonces, la idea de la culpa no la abandonó.

Por fin, Aliocha se soltó del abrazo, que era él quien lo mantuvo por unos minutos, quizás hasta cuatro, como si quisiera recuperar así, los años de ausencia... Y, enseguida preguntó, ¿está papá adentro, en la recámara, estará dormido? Hablaba caminando ya por la escalinata que lo llevaría al recibidor y el resto de la casa... Se olvidó de su madre, de ayudarla a subir. Iba ansioso de estar con él, con su padre, y de abrazarlo y ahora, hasta darle uno o dos besos en las mejillas sería capaz de soltar: el corazón en su pecho galopaba como caballo brioso en carrera de campeonato que iba por el primer lugar.

El cuadro que vio desde el marco de la puerta abierta, lo detuvo, su corazón por un momento paró, la sangre se le heló. El viejo de barba blanca crecida, boca abierta, brazos y piernas flacos que se adivinaban bajo el pijama, el ceño fruncido y la piel del rostro un tanto amarillenta, casi le provocan un infarto a Aliocha. Ningún otro día se sintió tan grande y tan pequeño a la vez. Dicen las gentes que saben de la vida y sus sufrimientos: que más enseña el dolor que cualquier ciencia, arte, libro o experiencia.

El hijo no pudo quedarse. Tenía que trabajar, solo así podía ayudarlos a ellos. Los gritos ya no existían... Pero, para Aliocha era lo mismo... él necesitaba mantener viva su excusa, para irse sin culpa. Volvería, ya no tardaría años. La madre pensó: En mi corazón tus sueños siempre serán aliento de vida... Y, calladamente, escribió:

-Lo natural es que tengas una vida propia, sin culpa; son, ¡elecciones de vida!



Ernest Renan

(Tréguier, 1823 - París, 1892) Escritor francés. Recibió las órdenes menores, pero en 1845 renunció al sacerdocio.

En 1847 obtuvo el premio Volney por su Ensayo histórico y teórico sobre las lenguas semíticas.

La revolución de 1848 le produjo una gran impresión, fruto de la cual es el Porvenir de la ciencia (1890).

En 1860 se trasladó a Siria en misión arqueológica y, al año siguiente, regresó a Francia con el manuscrito de la Vida de Jesús, primer volumen de la Historia de los orígenes del cristianismo (7 volúmenes, 1863-1881), en la que ofrece una lectura del Nuevo Testamento expurgada de toda referencia a lo sobrenatural y una visión de Jesús de Nazaret como «un hombre incomparable» que suscitó protestas.

En 1883 fue nombrado administrador del Colegio de Francia. Otras obras notables de Ernest Renan son Averroes y el averroísmo (1852), Ensayos de moral y de crítica (1859), Cuestiones contemporáneas (1868), Recuerdos de infancia y de juventud (1883) -obra en que figura su célebre Oración sobre la Acrópolis- e Historia del pueblo de Israel (5 volúmenes, 1887-1893).

ad pedem literae

Yo no me encuentro a mí mismo cuando más me busco. Me encuentro por sorpresa cuando menos lo espero

Michel de Montaigne

Letras de
buen humor

No hay nada permanente en este malvado mundo, ni siquiera nuestros problemas

Charles Chaplin

Mónica Lavín

El after del Covid

El Covid es como los embarazos (o los sísmos después de vivirlos), si tuviste, hablas de él. Cada quien tiene su historia y vivió para contarla. Seguramente es más fácil hablar de una enfermedad de potencia letal a medida que se atenua la probabilidad de terminar en un hospital, y la incertidumbre del final. Al asunto de ¿cómo te fue?, ¿qué tan duro te pegó?, ¿te bajó el oxígeno?, ¿qué fue lo peor que te pasó?, se suma una nueva pregunta: ¿te han quedado secuelas? Este nuevo virus va a dejando testimonio conforme la humanidad lo experimenta, así que todo resulta un registro vivo. Y tal vez porque sobrevivimos sentimos la urgencia de transmitir la información.

Para mí, el peor momento del Covid, haciendo un lado un cansancio aplanador y la sombra continua del miedo, fue el momento en que puse una pieza de salmón ahumado en un pan y, al morderlo, sólo percibí la textura: un trapo frío en la boca. Lo acerqué a la nariz para saber qué estaba pasando y no pude descifrar

nada. Tiré el sandwich y el paquete entero. El olfato guía a los animales para reconocer dónde está el alimento; el viento es el gran aliado de los depredadores, el soplón que delata la presa. Pero también los malos olores advierten del peligro, de lo que no se debe consumir. Son defensas como en la gobernadora, planta desértica que se expande a sus anchas, cuyo olor disuade el ramoneo de los animales. Su triunfo expansivo es producto de su hedor. Entonces recordé que se podía perder el olfato y hasta el gusto con el SARS-CoV2. Aspiré el bote del café. Era tan tenue el aroma y se alejaba..., corrí ansiosa piso arriba y atomicé perfume sobre mi mano: sólo el alcohol llenó el espacio. Había perdido el olfato. El desconcierto se parece al de los animales cuando hay un eclipse de sol, una oscuridad fuera de programa que los alerta. El olfato, tan dado por hecho, me desbrujaba. No reconocería una fuga de gas, un alimento echado a perder, el olor a



basura, el mal o buen olor de los otros. No sabría si utilizaba shampoo para lavarme el pelo o aderezo de ensalada (afortunadamente no se guardan juntos). Llevaba las manos a la cara después de lavarlas y me recibía un olor plástico. Tal vez era que la falta de olfato me asemejaba más a una muñeca a un robot que a mi materia de carne y hueso. Recuperado después de unos días, lo celebré con gran júbilo. Y le asigné un valor superior.

Curioso que ya pasados unos meses de recuperada, el olor a fritanga me sale al encuentro por aquí por allá: al subirme al auto, al entrar a una habitación, al llegar a mi casa. Me asomo por las ventanas

para ver si alguien está friendo quesadillas. En un consultorio médico pensé que el doctor acababa de comerse una torta ahí mismo en el escritorio. Ahora sé que es una secuela del Covid, se llama fantosmia. Una alucinación olfativa porque las células receptoras han sido dañadas. Tienen que reconfigurarse. En las pláticas del after de Covid, otros me han contado que les pasa lo mismo, pero con olores florales. Me da envidia su alucinación ajardinada. Mientras los científicos dilucidan el misterio de las distorsiones olfativas, entre conversación y conversación de las experiencias de otros, yo tengo tema para cuento.